

LA HISTORIA Y LA GRAMÁTICA HISTÓRICA

PAUL M. LLOYD
University of Pennsylvania

Cuando comencé hace ya tiempo a tratar de decir algo sobre los motivos y principios que necesariamente fundamentan cualquier tipo de esfuerzo de explicación histórica, pensé en poner como título de esta contribución el que actualmente tiene. Después de pensarlo más, concluí que era bastante presuntuoso y atrevido ponerle un título que prometía mucho más de lo que yo podría ofrecer, y decidí llamarla «el historiador y la gramática histórica». Reparando en el hecho de que quizá aun eso era bastante pretencioso —después de todo, aun cuando puedo llamarme en sentido muy limitado «historiador»—, la verdad es que sólo soy un humilde trabajador en la viña de la ciencia y no me atrevo a hablar como portavoz de toda la profesión. Decidí por fin optar por algo un poco más sencillo: «unos pensamientos sobre la relación entre la historia en general y la gramática histórica».

Hace muchos años, cuando por primera vez se me ocurrió que tal vez podía aportar algo al campo de la lingüística histórica escribiendo un nuevo manual de gramática histórica española, no había pensado mucho en exactamente lo que hace un lingüista cuando se dedica a tal tarea. Al comenzar el trabajo, bien pronto tuve que preguntarme: ¿qué es exactamente lo que hace el investigador que piensa elaborar una «gramática histórica»? ¿Forma parte de la historia humana en general, o es que sólo tiene en común con otros estudios llamados «históricos» el nombre «historia»? Es decir, ¿es sólo histórico en el sentido de que se tenía que ver con un «antes» y un «después»? ¿Es el investigador principalmente lingüista, o puede llamarse también historiador? Por fin, me convencí que la historia de una lengua y la gramática histórica nos¹ obliga a tener por lo menos alguna idea de lo que

¹ Es posible distinguir entre «la historia externa» o «historia de la lengua» y «la historia interna» o lo que se suele llamar «la gramática histórica». En general, la historia interna no hace tanto hincapié en esos factores sociales y culturales que tanta influencia tienen en el uso de una lengua, y se concentra más en los factores que afectan la forma de la lengua, o sea las estructuras empleadas por una lengua para comunicar lo que quieren comunicar los hablantes de una forma del habla humana. Es una distinción útil pero de ninguna manera

entendemos por la palabra «histórica», lo que motiva algunas de las ideas que presentaré hoy.

Al iniciar mi labor, pronto caí en la cuenta de que los modelos de la gramática histórica más típicas se limitaban a hacer única y exclusivamente una explicación descriptiva de los hechos más básicos de la fonética y la morfología. Presentaban, por ejemplo, una lista de los sonidos de una lengua pasada, o mejor dicho, las letras que solían usarse para escribir el estado pasado de una lengua, y sus equivalentes en la lengua moderna. Se dividían quizá según el contorno fonético en que se hallaban y de vez en cuando se hacía uno que otro comentario sobre las circunstancias que podían haber determinado ciertos cambios especiales. Generalmente presentaban también algunas palabras que podían servir de ejemplos. De la comparación de estas letras del pasado y sus equivalentes posteriores se podían formular «leyes fonéticas» que a veces, se solía aducir, obraban «ciegamente» en el sentido de que proporcionaban con bastante consistencia los mismos resultados en cada palabra que tuviera los mismos sonidos. Exactamente en qué consistían estas leyes fonéticas y cómo o por qué habían ocurrido eran cuestiones que no formaban parte esencial de la gramática histórica y ni siquiera hacer tales preguntas se consideraba digno. Mi primer profesor de gramática histórica nos informó que esta manera de presentar los hechos era claramente más científica; según él, un químico no trata de explicar por qué ocurren las reacciones químicas sino que las describe con toda la precisión necesaria. Un estudioso científico de la lengua hace exactamente lo mismo, proponía mi antiguo profesor: describía los hechos y no se preocupaba del porqué de esos hechos. Esta declaración era confirmada por otros especialistas de esos años, tales como un distinguido lingüista con quien estudié algo de la filología indoeuropea, quien manifestó en una ocasión: «No podemos saber nunca por qué cambian los sonidos.»

El mismo proceso de comparación se hacía en el campo de la morfología, excepto que en este caso se veía a veces la necesidad de explicar por qué las leyes fonéticas no siempre obraban del modo que se hubiera esperado de ser éstas como se suponía, esencialmente ciegas. En la morfología, por lo menos se podían ver los efectos de la analogía. Por fin me di cuenta de que realmente no tenía ninguna idea cierta de la teoría (o las teorías) del conocimiento histórico. Cuanto más leía en el vasto campo de la lingüística histórica, tanto más comprendía que la gran mayoría de los lingüistas, si no todos, no se consideraban historiadores, aun cuando se dedicaban a la historia lingüística o a la lingüística histórica. Y al fin llegué a convencerme de que es casi indispensable para la lingüística histórica tener alguna consciencia de lo que puede contribuir a nuestro campo el

fija ni rígida. Sería mejor adoptar los términos de Coseriu de «factores sistemáticos y extra-sistemáticos» porque distinguen más claramente lo que hay que distinguir (1974, 1159).

estudio de los enfoques que adoptan los investigadores en otros campos de la historia humana².

En su libro sobre «La idea de la historia», el filósofo R. G. Collingwood declaró que:

«La mente filosófica nunca piensa en un objeto; siempre, mientras piensa en ese objeto, piensa en su propio pensamiento sobre el objeto» (1946, 1).

Es decir, «...el filósofo se pregunta: ¿Cómo saben los historiadores? ¿Cómo llegaron a aprehender el pasado?» (3). Las preguntas de Collingwood han sido repetidas por muchos historiadores y filósofos. En efecto, el siglo XX ha visto una larga serie de estudios sobre la llamada «filosofía analítica» de la historia, es decir, de las teorías abstractas de cómo se entiende la historia, y cómo se la explica (Antilla 1992)³.

Existen varias divisiones fundamentales de la historia en la filosofía moderna: la primera realmente no es muy moderna. Consiste en la aplicación a la historia de una ideología adoptada como principio básico de la comprensión y la interpretación del pasado. Un historiador religioso podría, por ejemplo, interpretar todo lo que se presenta como ejemplo de lo obrado por la mano de Dios en el quehacer humano. Más cerca a nuestros días, una teoría marxista vulgar (y silvestre) podría declarar de antemano que toda la historia humana es la historia de la lucha de las clases sociales y columbrar en todo acontecimiento pasado en cualquier sociedad los efectos de esa lucha. [Claro que esta orientación en la forma expuesta aquí nada tiene que ver con la gramática histórica como los más de nosotros la concebimos; por lo menos, no me imagino que sea posible escribir una gramática histórica marxista. Pero, como veremos un poco más adelante, algo hay de ese punto de vista en algunos aspectos de las gramáticas históricas].

Otra división de la filosofía analítica de la historia es la escrita por filósofos que utilizan alguno que otro incidente histórico (y hasta incidentes inventados por los filósofos mismos) como ilustración de sus ideas. Estas obras suelen constar, en mi opinión, del noventa por ciento de filosofía y el diez por ciento de historia [o quizás hasta el noventa y nueve por ciento de filosofía]. Para la gran mayoría de los historiadores prácticos, este tipo de filosofía de la historia tiene poco interés. En general, los historiadores prefieren estudiar lo que conciben como lo distintivo de los cambios históricos, es decir, lo que distingue un momento histórico de todos los demás.

Otra división de la filosofía de la historia, menos popular entre los filósofos, sería la que, en vez de empezar con ciertas teorías sobre la historia, examina con más detalle cómo obran los historiadores mismos, cuáles son los principios prácticos y teóricos que los guían en su trabajo diario y en

² «The greatest surprise... is that historical linguistics is hardly ever tied with history or historical explanation...» (Antilla 1992, 17).

³ Algunos creen que tal filosofía está pasada de moda (Danto 1995).

la presentación de los resultados de sus estudios y cuáles podrían ser otros enfoques más respetables.

Creo que todos estarán dispuestos a aceptar la definición de Collingwood de la historia: la historia estudia «...*res gestae*: acciones de los seres humanos que se hicieron en el pasado» (9). Pero también surge otra pregunta que hay que tener en cuenta: ¿cómo se parece o se distingue de otras disciplinas del saber humano? En 1942, el filósofo Carl Hempel expuso lo que creía ser el mejor modelo de la explicación que valdría tanto para la historia como para la ciencia, un modelo que ha llegado a tener fama en la teoría de la historia. Según este modelo, el historiador debe empezar con lo que llamaba una «hipótesis universal» que proclama que en cada caso donde se halla un acontecimiento del tipo C en tal y cual lugar en tal y cual época, otro acontecimiento del tipo E ocurrirá en el mismo lugar y en la misma época que se relaciona de manera específica con el primero (Roberts 1996, 1). Es decir, uno busca una secuencia constante de acontecimientos, exactamente como el investigador científico busca resultados constantes en sus experimentos. La argumentación de Hempel ha sido aceptada (a veces con numerosas modificaciones) por muchos filósofos analíticos y fue bautizada después por William Dray el modelo de «la ley encubridora» (Roberts 1996, 3). Cito seguidamente un conocido filósofo de la historia, Louis Mink, que nos lo explica así:

«La esencia de la doctrina filosófica recibida es que la historia todavía no es una ciencia pero que adoptando explícitamente los métodos y los criterios de la ciencia puede llegar a serlo. Confundido por las contradicciones y las ambigüedades del 'sentido común' y el lenguaje ordinario, la historia... está en el estado incipiente de una **protociencia**» (Mink 1966, 66).

También declara que, según la actitud de Hempel y sus secuaces:

«...no hay ninguna distinción válida entre las **Naturwissenschaften** y las **Geisteswissenschaften** en términos de una diferencia en la estructura lógica y conceptual de las explicaciones que dan; hay un solo modo lógico de explicación».

Desde el punto de vista, no es posible percibir una diferencia esencial entre lo que hace un científico y un historiador. Es decir, un historiador puede y debe hasta donde sea posible adoptar los mismos métodos y los mismos principios y técnicas que los investigadores científicos, especialmente los del campo de las ciencias físicas. La única diferencia sería que la historia, a pesar de haber existido como disciplina por más de 2.500 ó 3.000 años, todavía no llega a constituir una ciencia porque los historiadores no han querido adoptar el llamado «método científico». (Aquí dejo a un lado el problema de definir exactamente lo que es el verdadero «mé-

todo científico», cuestión que es, en realidad, mucho más problemática de lo que se suele creer)⁴. De todos modos, según este punto de vista el historiador verdaderamente científico debe buscar una ley encubridora para poder explicar todos los acontecimientos del pasado, tal como lo hace el físico que busca leyes para explicar los fenómenos naturales.

No es posible en una conferencia limitada como ésta, entrar en todos los aspectos que uno podría estudiar en la filosofía analítica, de modo que tendré forzosamente que limitarme a considerar sólo algunos puntos que muestran, a mi criterio, una conexión válida entre la historia en general y la lingüística histórica⁵. Para muchos historiadores es imposible encontrar en la historia leyes generales científicas en términos muy abstractos, como por ejemplo lo sería una ley que explicara la caída de los imperios o el origen de las revoluciones, o, en términos lingüísticos, una supuesta ley que explicaría la sonorización de las consonantes sordas intervocálicas. Es imposible encontrar estas supuestas leyes encubridoras porque los acontecimientos de esta naturaleza son tan complejos y tan complicados que sencillamente es imposible incluirlos bajo una «ley» de los imperios o las revoluciones, o de las consonantes intervocálicas, lo que Roberts llama «macrocorrelaciones» (1996, pág. 13). En palabras de este estudioso el empeño de hacer de la historia una ciencia ha fracasado.

«...porque el comportamiento de los seres humanos no exhibe la regularidad necesaria para hacer leyes que gobiernan su comportamiento» (1996, pág. 157).

En este punto debo decir que hay algunos investigadores que creen la posibilidad de encontrar algunas leyes fijas del comportamiento de los seres humanos, pero que admiten que estas leyes no se han encontrado hasta ahora (MacIntyre 1996). Al mismo tiempo, es obvio que en muchos casos existen realmente principios («leyes») que guían al historiador en su presentación de los hechos del pasado. La cuestión es que casi siempre son «leyes» en un sentido mucho más limitado y quedan implícitos, porque no necesitan exponerse en detalle; es decir, forman parte de nuestra comprensión del mundo y los lectores se darán cuenta de cuáles son. Por ejemplo, el historiador que dice que en cierta época hubo grandes protestas del pueblo contra ciertos impuestos nuevos establecidos por el gobierno de un país, no tiene que explicar a sus lectores que el pagar impuestos no es uno de los mayores placeres de los seres humanos y que aun cuando el buen ciudadano se dé cuenta de que pagarlos es una obligación y un deber

⁴ Una definición popular podría ser la siguiente: «... la explicación de cualquier fenómeno incluye su clasificación bajo principios generales que no son “ad hoc” y para los que no se conoce excepciones. Específicamente, la explicación de un fenómeno requiere el demostrar que es la consecuencia deductiva de un grupo de leyes encubridoras [en inglés “covering laws”] junto con declaraciones particulares que describen las condiciones iniciales» (Mink 1966, 66-67).

⁵ Tampoco quiero repetir lo dicho en el muy interesante artículo de Antilla 1992.

cívico, esa obligación puede producir más irritación que agrado. El historiador que se tome el tiempo de presentar tal «ley», a lo mejor será considerado un ingenuo. Sin embargo, todo el mundo se da cuenta a la vez de que es un «principio» válido que explica por qué hubo protestas en contra de tales impuestos nuevos (Scriven 1959). Muchas de las explicaciones del historiador son de esta clase; es decir, son verdades de Pero Grullo que no hay que mencionar. Existen a la vez otros principios fundamentales implícitos que sí merecen discusión. Si queremos entender lo que ha pasado en la historia, tenemos que obrar con un principio importante: el que no es posible explicar el pasado si no lo entendemos. Y ¿cómo poder entender el pasado si no entendemos cómo pensaban los seres que vivían entonces? Me limito por el momento a formular la pregunta, que intentaré adelante responder.

Volviendo ahora a la historia «llamada» científica, una primera dificultad es que, como vimos arriba, el método científico requiere crucialmente que las hipótesis deben poder confirmarse o desconfirmarse empíricamente. Es decir, para algunos la única explicación válida que puede proporcionar un científico (o un historiador científico) corresponde a la clase que podríamos designar «la explicación deductiva-nomológica». El científico siempre buscará leyes generales que tienen una aplicación universal: cada vez que se dan las mismas condiciones determinantes se producirán los mismos efectos. Y siempre podrán hacerse predicciones sobre el futuro, como parte esencial de su búsqueda de las mencionadas leyes generales. Es aquí que la gran mayoría de los historiadores, hasta los que aceptan la idea de que la historia debe ser «científica» dentro de lo posible, se hallan ante un dilema. Según muchos, si no todos los historiadores, la historia trata de lo único, lo concreto de los acontecimientos pasados. Los mismos acontecimientos nunca se repiten exactamente. [Y en la historia, en contraste con muchas de las ciencias naturales, claro está que es imposible realizar experimentos en un laboratorio, lo que basta para que no pocos declaren sin más ni más que eso ya de por sí prueba que la historia nunca puede llegar a tener el estatuto ciencia. La verdad es que no hay experimentos en algunas de las ciencias físicas, como, por ejemplo, en la geología o la astronomía, lo que no quiere decir que no sean ciencias].

Las especulaciones sobre las explicaciones históricas que mencioné anteriormente tal vez no tendrían ningún interés para los que estudiamos la lingüística histórica si no fuera por el hecho de que algunos lingüistas han adoptado el punto de vista de los filósofos analíticos como Hempel y consideran que la historia es sólo otro campo que puede y debe modelarse sobre las ciencias naturales. Una obra de años recientes que favorece este punto de vista es la de Roger Lass 1980. Lass ha adoptado la misma perspectiva que la expuesta por Mink, y declara, como conclusión, que el cambio lingüístico es esencialmente «inexplicable» porque no es científicamente necesario (Lass 1980). Según él, la lingüística histórica nunca puede ser científica porque:

«...el cambio lingüístico está situado enteramente en el área de lo opcional, de las opciones, incluso en la opción cero... Ningún cambio es necesario» (132-33).

Muchos pueden estar de acuerdo con esta opinión, pero no se verán tentados a aceptar sus conclusiones, a saber, que el cambio lingüístico es «inexplicable»⁶. Esto es, en efecto, exactamente lo que ha hecho Lass cuando dice que el único modelo posible para la explicación de los cambios lingüísticos es el de las ciencias naturales, o sea el modelo «nomológico-deductivo». Puesto que no es posible encontrar tales leyes en la lingüística histórica, resulta que no se puede explicar el cambio. Q. E. D.

Tal conclusión es posible, pero solamente porque Lass ha definido el verbo «explicar» como algo que necesita situarse en el campo de acción de una «ley universal», o sea, una ley científica que obra sin excepciones. El caso de Lass parece ser exactamente lo que ha dicho Mink en otro lugar:

«La posibilidad más pura y más heroica para el monista metodológico es, con la sinceridad de un santo del desierto, persistir con el modelo deductivo en su forma más sencilla y aceptar la consecuencia que simplemente no hay —y no podrá haber, que sepamos nosotros— ninguna explicación completa y adecuada en la historia» (Mink 1968, 121-22).

Tal vez uno puede admirar la consistencia teórica de Lass sin sentirse tentado a imitarle en su persistencia.

Lass también observa que tampoco se pueden investigar los propósitos y los motivos de los cambios lingüísticos, puesto que al fin y al cabo los cambios lingüísticos, como vimos arriba, nunca pueden tener una finalidad objetiva en el sentido de que son consecuencias de un acto consciente. Es decir, nadie piensa deliberadamente en cambiar la lengua que habla.

Pero Lass también afirma que: «El cambio en la lengua no es nada que hacen las personas» (1980, 168). A esta conclusión sólo puedo acotar que de ser verdad, entonces nos hallaríamos ante una tremenda paradoja: la lengua cambia constantemente, y los hablantes utilizan la lengua. Si ellos no la cambian, entonces ¿quién la cambia? Quizá habría menos problemas en la interpretación de los cambios lingüísticos si tratáramos de pensar en otros campos en donde se producen cambios sociales y colectivos. La lengua es un bien común, la posesión de una comunidad. Siendo de todos, está claro que ningún individuo por sí mismo puede cambiarla. Entonces, creo que podríamos entender mejor los cambios en la lengua si los pusié-

⁶ Hay que mencionar aquí que la gran mayoría de los que han reseñado el libro de Lass han mostrado los muchos defectos de su obra que en general se basa en una creencia bastante ingenua y poco crítica de que sólo el modelo deductivo-nomológico puede ser «científico».

ramos como otro ejemplo de que los cambios sociales e institucionales rara vez se pueden entender como productos de actos deliberados y conscientes.

Al llegar a este punto, tenemos que preguntarnos si en efecto es verdad que solamente las leyes que obran siempre y sin excepción son las únicas realmente científicas. El mismo problema se halla estudiado en el libro reciente de Roberts (1996) sobre la lógica de la explicación histórica. Roberts muestra que no todas las leyes científicas necesariamente tienen que obrar sin excepciones. Es decir, existe otra clase de leyes, las «probabilístico-estadísticas», que no obran con constancia absoluta, como la ley de la gravedad, por ejemplo, pero no por eso dejan de ser leyes científicas. Estas son las leyes que expresan sus resultados en términos de la probabilidad en que se realizarán en la práctica: por ejemplo, de que en el 80 por 100 de los casos en que se dan ciertas circunstancias determinadas tendrán tal o tal resultado. En el estudio de la historia, son éstas las leyes que el historiador aplica a cada paso en su trabajo. A la declaración de Lass y otros de su secta de que solamente se puede hablar de ciencia cuando es posible predecir absolutamente las consecuencias de los acontecimientos históricos, podremos decir que no hay que confundir una explicación perfecta con una explicación imperfecta. En términos lingüísticos, podríamos poner como ejemplo el principio enunciado por Labov 1994, de que las desfonologizaciones (la pérdida de oposición entre un grupo de fonemas) tienden a extenderse (pág. 313) y como ejemplo de este principio podríamos citar el famoso caso del «ceceo-seseo» en el español americano. Este principio no puede ser una ley absoluta, puesto que no llegan a producirse siempre las desfonologizaciones. A veces, una distinción fonémica persiste sin cambiar en un lugar, como vemos en la distinción conservada en el castellano al norte de Andalucía.

Prefiero no seguir por este camino, puesto que me parece que muchos de los problemas estudiados por Lass y otros están basados en una concepción errónea de lo que podría ser motivo de un cambio o sea el motivo o la intención del hablante que participa en un cambio. Parece claro que no; ningún hablante al empezar a hablar tiene el propósito deliberado de cambiar la lengua. Pero al mismo tiempo, todos los que hablamos y participamos en una (o varias) comunidades lingüísticas cambiamos nuestra lengua al usarla. La teoría reciente de Keller (1990) aclara este punto más que muchas otras. Según esta teoría, podemos pensar en los grupos de hablantes de una lengua como ejemplo de lo que se pueden llamar «sistemas complejos adaptivos», es decir, un conjunto de agentes que responden principalmente no a las decisiones conscientes de sí mismos sino a los actos de otros hablantes que a su vez tratan de utilizar la lengua para sus propios fines comunicativos. Respondiendo a las necesidades comunicativas del momento, los hablantes pueden hacer toda clase de cambios en cualquier parte de la lengua sin darse cuenta en absoluto que van cambiándola. Es decir, las variantes producidas por los hablantes son resultados de actividades colectivas, no pensadas por nadie, y hasta en contra de lo que podrían ser sus deseos.

No es posible estudiar el cambio lingüístico si no se tiene una idea de qué es lo que cambia, es decir, ¿qué es la lengua? ¿Cómo se parece a otras creaciones e instituciones humanas? Aunque es posible, para ciertos propósitos estudiar la lengua como si fuera un objeto natural o un sistema independiente de sus hablantes, lo que parece ser el punto de vista de muchos lingüistas (por ejemplo, Lass 1992), la verdad del caso es que la lengua «no» es un objeto, es una institución, un sistema de acciones y valores que tiene como fin la comunicación (entendido en su sentido más lato). Entonces, ¿no sería posible considerar los cambios lingüísticos como algo parecido, o sea, como el resultado de actos humanos que no se proponían, en un principio, cambiar el sistema lingüístico? Repito lo que dije antes: creo que ningún hablante al hablar tiene el propósito consciente de «cambiar» la lengua que utiliza. En ese sentido, está claro que tiene razón Lass cuando dice que la historia es el campo de lo opcional. En cuanto al vocabulario, sí puede ser que el hablante utilice una palabra nueva o una nueva expresión o modismo, o deje de usar una palabra que antes solía usar y en ese sentido cambia el léxico del idioma, pero la estructura de la lengua puede persistir sin cambiar aun cuando el léxico se renueve. Consecuentemente podríamos decir, entonces, que la gramática histórica (y la lingüística histórica en general) es esencialmente una historia institucional, o sea, una historia colectiva. Siendo así, para comprender las acciones de los individuos y de las colectividades, tenemos que entender cómo actuaban y, dentro de lo posible, por qué actuaban en la manera en que lo hicieron.

Me parece que el estudio del pasado de una lengua necesariamente tiene que incluirse en el campo de los estudios de la acción colectiva social. El estudio científico necesita obrar con grupos de elementos de suficiente cantidad para que puedan estudiarse de forma estadística. Por eso, no creo que sea una casualidad que muchos de los estudios históricos más interesantes del siglo XX hayan sido aquellos que se ocupan de la evolución de las instituciones y de elementos de «longue durée» como sería el caso de la escuela de «los anales» en Francia. Tampoco me parece casual que la llamada «historia nueva» que se dedica al estudio de la evolución de las llamadas estructuras de «larga duración» (para usar el término de Braudel), o sea de los factores e instituciones colectivas que perduran largo tiempo y evolucionan lentamente en contraste con la llamada «histoire événementielle» o la historia superficial de los actos conscientes y deliberados de los seres humanos, haya tenido una importancia especial en el siglo XX (Olábarri 1995). La lengua de una comunidad es obligatoriamente una de estas estructuras de «larga duración». Así es que en el campo de la lingüística histórica algunos de los estudios más interesantes resultan ser los estudios de «sociolingüística histórica», si puedo citar aquí el título del libro de Romaine y más recientemente el valioso libro de Gimeno Menéndez 1995.

Aquí es forzoso que me remita a la obra fundamental de Milroy 1992 para extraer un comentario sobre cómo la lengua y la sociedad forman en muchos aspectos un todo que solamente parcialmente se pueden estudiar como objetos distintos. Los estudios sociolingüísticos de Milroy se basan en

la propuesta fundamental de que la falta de cambio es tan importante como el cambio. Es decir, debemos atender tanto en los factores que conducen al mantenimiento de las estructuras lingüísticas como los que influyen al cambio. Milroy ha deducido de sus propios estudios que los lazos sociales son los caminos por los que pasan las innovaciones, y la conservación de las estructuras parece ser que son los lazos sociales fuertes los que tienden a mantener las estructuras sin cambio mientras que los lazos más débiles suelen ofrecer camino más abierto a las innovaciones (págs. 194-200).

Otro punto práctico y teórico de la historia general lo constituye el de las causas múltiples en la explicación del pasado. En casi todos los campos de la historia humana se acepta como principio básico que todos los cambios tienen necesariamente más de una causa única (y no es ésta la ocasión ni el lugar propicio para entablar una discusión de que es exactamente una «causa»). En efecto, la norma en la historia es que muchos factores diferentes pueden obrar en conjunto para producir un cambio específico. Si los historiadores de la lengua hubieran leído hasta muy poco de la historiografía, se habrían dado enterado de ello (véanse los estudios de mi maestro Yakov Malkiel 1967, 1976). No es nada raro al abordar la explicación de los cambios lingüísticos declarar que, por ejemplo, en un caso de explicación de un cambio que resultó del contacto lingüístico entre dos lenguas, que tal cambio no puede atribuirse a la influencia de otro idioma puesto que el cambio ocurre en otros lugares donde tal influencia no se da. El famoso cambio español de la /f/ latina a la **H** (primero una aspiración y luego nada en el español estándar), que se ha atribuido a una posible influencia vasca, ha sido rechazado por más de un investigador porque es un cambio que ha ocurrido no sólo en español sino también en otros dialectos románicos y hasta otros idiomas. Parte esencial de tal rechazo es el principio implícito de que los cambios lingüísticos (y por qué no, cualquier cambio en las instituciones humanas) sólo pueden tener una sola causa, una causa única. La conclusión de tal principio nos obliga a creer que un cambio ocurre en lugares separados, lo que causa el cambio en un lugar tiene que ser lo mismo en otro lugar.

Otra idea bastante arraigada en el siglo XX es que basta hallar alguna que otra explicación interna para negar la posibilidad de que exista la influencia del contacto con otro idioma. Nada de esto quiere decir que hay que creer que la influencia de los hablantes del euskera necesariamente hayan tenido que ser una de las causas de este cambio tan notable. Sólo quiero decir que no es posible excluir tal efecto porque cambios parecidos han ocurrido en otros lugares.

Nos enfrentamos en esto con lo que puede parecer una paradoja. Los historiadores en general dicen, como he observado antes, que la historia trata de lo único, lo singular, lo concreto de los acontecimientos pasados. Esto implicaría que los acontecimientos del pasado no se parecen en nada a lo que existía antes ni a lo que existirá después. Pero si se acepta este principio al pie de la letra, entonces el pasado sería incomprensible por falta de un término de comparación posible. Así es que lo primero que

tenemos que preguntarnos es: ¿es verdad que el pasado fue como el presente? ¿O era algo esencialmente diferente que no podemos comprender? La gente de generaciones pasadas, ¿vio el mundo que les rodeaba de la misma manera que nosotros? ¿O era su concepción del mundo y de su sociedad y su propio papel en esa sociedad totalmente diferente de la nuestra? Muchos historiadores han visto el pasado como si fuera el presente; es decir, piensan que uno puede juzgar las acciones de los seres pretéritos como si hubieran sido gente que vive hoy. Y han juzgado las acciones de esos seres como habrían juzgado un acontecimiento reciente. Por ejemplo, el historiador que reprochaba a gente de la Edad Media el hecho de no tener elecciones parlamentarias o de someterse a la voluntad de un rey absoluto (o mejor un rey que **quería** que todos lo creyeran absoluto) no difiere esencialmente de querer culparlos por no emplear automóviles para el transporte en vez de caballos. Los seres humanos de aquella época no podían imaginar la idea de un gobierno representativo democrático como lo hacemos en la actualidad porque tal cosa no formaba parte de su mundo intelectual. Para ellos había que tener un rey porque siempre había habido reyes para gobernar. Y eso es todo.

Aquí nos encontramos ante otro problema. Uno de los conceptos más aceptados por los historiadores y por los científicos es el concepto del uniformitarismo que proclama que en el pasado las mismas fuerzas que obran hoy tenían que haber existido antes también. Claro está que el ejemplo que he dado arriba es hasta cierto punto una caricatura de un anacronismo. Desde este punto de vista el pasado no fue como el presente por el sencillo hecho de que la gente del pasado no sabía como sería el futuro.

Ponemos una conexión con lo que arriba dije de la posibilidad de una interpretación ideológica del pasado. A pesar de que es poco probable que uno trate de escribir una historia lingüística basada en ideologías políticas modernas, no es nada raro ver que muchas gramáticas históricas e historias de una lengua tengan como base ideológica un aspecto del cual no se percatan aun los mismos investigadores. Por ejemplo, una de las tentaciones más peligrosas del historiador es la de tratar de entender las acciones humanas del pasado como si fueran predestinadas a producir los resultados que llegaron a realizarse con el pasar del tiempo. Por ejemplo, no es nada raro hablar de las hablas iberorrománicas del siglo IX o X como lenguas «primitivas» o «inmaduras» o «balbucientes» que carecían de estabilidad. Según este modo de percibir, era necesariamente una forma imperfecta de la lengua que algún día llegaría a existir. Como ha dicho Roger Wright 1993 de los textos de los siglos X y XI (1993):

«Los latinistas ven el habla de estos siglos (V a XII) como decadente, corrompida, bárbara, incompetente, torpe, estúpida. Los hispanistas la ven como incipiente, tartamuda, balbuciente, naciente, ingenua» (88).

(Claro está que Wright cita a algunos estudiosos que no comparten este punto de vista, como Alarcos Llorach.)

Este modo de pensar resulta de tomar como punto de comparación la lengua de siglos posteriores, sobre todo de la comparación del dialecto literario con la lengua cotidiana. Es decir, los que piensan así se basan implícitamente en la creencia de que el dialecto literario del Siglo de Oro, por ejemplo, representa la cumbre de la expresión lingüística, la meta hacia la que se dirigían todos los hablantes antes de esa época. Pero ¿no es un tremendo anacronismo considerar la expresión lingüística de aquellos tiempos como si formara parte de nuestra propia edad?

Detengámonos un momento en esta cuestión; imaginemos que por algún milagro o por alguna invención maravillosa del futuro llegara a ser posible el viajar por el tiempo y visitar otras épocas de la historia. Si llegara, ya en las postrimerías del siglo XX un viajero del siglo XXX para examinar de cerca la lengua de nuestros días, y si tal viajero nos anunciara que ha venido a visitarnos porque quiere estudiar el español (o cualquier otra lengua) porque es un idioma «primitivo» del siglo XX (o XXI), que obviamente carece de estabilidad sólo porque no era como la lengua del siglo XXVI, ¿quién sabe si será el segundo o tercer «Siglo de Oro» de la literatura hispánica cuando escribirá un novelista más grande que Cervantes o un poeta más importante que Lope de Vega, ¿cuál sería nuestra propia reacción? ¿No le responderíamos que no es culpa nuestra el que no sepamos lo que pasará 600 años después de que todos nos hayamos muerto? Y que nuestra lengua no es más primitiva que la suya; sólo que es diferente, y no hay más que decir (Gimeno Menéndez 1995, 66): Conviene repetir que para entender el pasado y los seres del pasado, es esencial que entendamos hasta dentro de lo posible cómo veían ellos el mundo, y cómo percibían el mundo que les rodeaba. Creo que esto es realmente lo que ha querido hacer Wright, quien pone en duda la idea de que en los primeros siglos medievales hubiera existido una división lingüística consciente entre lo que hoy día consideramos dos lenguas: el latín y la lengua vernácula, el romance. Quizá un modo de interpretar más acertadamente las acciones y las creencias de los seres humanos del pasado sería hacer un esfuerzo consciente de fingir que no sabemos nada de lo que pasará en los siglos XII y XIII y posteriores; tal vez lograríamos comprender con más claridad cómo la gente de los siglos X y XI pensaban de la lengua que hablaban.

Si es verdad que los de otras épocas no podían ver el mundo de la misma manera que lo vemos nosotros, al mismo tiempo es igualmente verdad que eran seres humanos como nosotros y que sentían las mismas emociones y las mismas pasiones que todos los seres humanos. Es aquí que la idea fundamental de Collingwood puede tener aplicación; según Collingwood el historiador tiene que «volver a actuar» el pasado. Es decir, tiene que ponerse en el lugar de los seres humanos del pasado y hacer un esfuerzo deliberado de tratar de percibir su mundo, hasta donde sea posible, de la misma manera que ellos. Collingwood creía que este esfuerzo nos haría comprender el cómo y el por qué de sus actos. Hay mucho más que decir sobre este punto, pero el tiempo pasa y tenemos que poner fin a esta ponencia. A manera de conclusión, puedo decir que sí, que la vida y la

lengua de la gente del pasado era diferente de la nuestra en muchos aspectos, en un sentido más profundo, pueden considerarse semejantes a nosotros. En este sentido sí que podemos entender el pasado, por lo menos hasta donde los datos de que disponemos en la actualidad nos permitan percibir ese pasado como tal.

BIBLIOGRAFÍA

- ANTTILA, Raimo. 1992. Historical explanation and historical linguistics. In Gary W. Davis Gregory K. Iverson, eds. 1992. *Explanation in historical linguistics*. Amsterdam/Philadelphia: Benjamín, 17-39.
- ANTTILA, Raimo. 1993. Change and metatheory at the beginning of the 1990s: The primacy of history. In Charles Jones, ed. *Historical linguistics: Perspectives and problems*. London: Longman, 43-74.
- COLLINGWOOD, R. G. 1946. *The idea of history*. Oxford: Clarendon Press.
- COSERIU, Eugenio. 1973. *Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico*. 2.ª ed., revisada y corregida (Biblioteca Románica Hispánica. II. Estudios y ensayos, 193). Madrid: Gredos.
- DANTO, Arthur. 1995. The decline and fall of the analytical philosophy of history. In Frank Ankersmit and Hans Kellner, eds. *A new philosophy of history*. Chicago: University of Chicago Press.
- DRAY, William. 1957. *Laws and explanation in history*. Oxford: Oxford University Press.
- GIMENO MENÉNDEZ, Francisco. 1995. *Sociolingüística histórica (siglos X-XII)*. Madrid: Visor Libros-Universidad de Alicante.
- HEXTER, J. H. 1967. The rhetoric of history. *History and Theory* 6.1-13.
- KELLER, Rudi. 1990. *Sprachwandel: Von der unsichtbaren hand in der Sprache* (Uni-Taschenbücher, 1967). Tübingen: A. Francke; English translation: *On language change. The invisible hand in language*. Translated by Brigitte Nerlich. London/New York: Routledge, 1994.
- ITKONEN, Esa. 1984. *Causality in linguistic theory*. London/Canberra: Croom Helm.
- LABOV, William. 1994. Principles of linguistic change: Internal factors. (*Language in Society*, 20). Oxford/Cambridge: Blackwell.
- LASS, Roger. 1980. *On explaining language change*. Cambridge University Press.
- LASS, Roger. 1986. Conventionalism, invention, and «historical reality»: Some reflections on method. *Diachronica* 3.15-41.
- LASS, Roger. 1992. What are language histories histories of? In Hans-Heinrich Lieb, ed. 1992. *Prospects for a new structuralism (Current Issues in Linguistic Theory, 96)*. Amsterdam/Philadelphia: Benjamín, 243-72.
- MACINTYRE, Lee C. 1996. *Laws and explanation in the social sciences. Defending a science of human behavior*. Boulder, CO: Westview Press.
- MALKIEL, Yakov. 1967. Multiple versus simple causation in linguistic change. To honor Roman Jakobson. *The Hague: Mouton*, 2.1228-46.
- , 1977. On hierarchizing the components of multiple causation. *Studies in Language* 1.81-108.
- MILROY, James. 1992. *Linguistic variation and change. On the historical sociolinguistics of English*. Oxford: Blackwell.
- MINK, Louis O. 1966. The autonomy of historical understanding. *History and Theory* 5.24-47; reimpresso en Mink 1987, 61-88.

- MINK, Louis O. 1968. Philosophical analysis and historical understanding. *Metaphysics* 11.667-98; reimpresso en Mink 1987, 118-46.
- MINK, Louis O. 1987. Historical understanding. Brian Fay, Eugene O. Golob, and Richard T. Vann, redactores. Ithaca and London: Cornell University Press.
- OLÁBARRI, Ignacio. 1995. «New» new history: A *longue durée* structure. *History and Theory* 34.1-29.
- ROBERTS, Clayton. 1996. The logic of historical explanation. University Park, PA: Pennsylvania State University Press.
- ROMAINE, Suzanne. 1982. Socio-historical linguistics: Its status and methodology. Cambridge: Cambridge University Press.
- SCRIVEN, Michael. 1959. Truisms as grounds for historical explanation. In Patrick Gardiner, ed. *Theories of history*. Glencoe, IL.
- SHAPIRO, Michael. 1991. The sense of change: Lenguaje as history. Bloomington: Indiana University Press.
- VÁRVARO, Alberto. 1972-73. Storia della lingua: Passato y prospective di una categoria controversa. *RPh* 26.16-51; 509-31.
- WRIGHT, Roger. 1993. Status quaestioni: El estudio diacrónico del español. *Lingüística* (Publicación de la Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina), 77-126.